

LA MODA.

REVISTA SEMANAL DE LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.



Este periódico se publica todos los Domingos. En el número 1.º de cada mes se reparten cuatro láminas, representando, unas, las últimas modas de París, otras, Patrones para bordados, cortes de vestidos, etc., ó bien lindos dibujos de tapicería ó de Crochét. Precio de la suscripción 9 reales al mes, lo mismo en Cádiz que en los demás puntos de la península.

SUMARIO. = *Coro de la Catedral de Cádiz, por D. Francisco Flores Arenas.* = *Rugier de Lauriga, novela original por Doña Felicitas Asin de Carrillo. Segunda parte.* = *El alcalde Ronquillo, por Amocil, continuacion.* = *Oda culinaria, por D. Luis del Barco.* = *Geroglífico.*

CORO DE LA CATEDRAL DE CADIZ.

Las funciones de Semana Santa no han podido verificarse este año en nuestra Catedral á causa de no haberse terminado aun la colocacion del coro. Esta circunstancia nos fuerza á decir algo de él, así porque su notable mérito lo exige, como por las controversias y reclamaciones á que dió lugar su concesion en época reciente.

En efecto, todos recuerdan que habiéndose servido S. M. mandar que el que fué coro de la Cartuja de Sta. María de las Cuevas de Sevilla se utilizase para su servicio en esta Catedral, aquella ciudad representó una y otra vez en contra de lo dispuesto, sometiendo al fin á lo terminante del precepto, solo despues de haber agotado todos los medios posibles de defensa legal.

Esto no lo estrañamos nosotros entonces, ni mucho menos lo vituperamos. Natural era que una ciudad, y sobre todo, una ciudad artística como Sevilla, sintiera que se la privase de un monumento del arte, cuyo mérito apreciaba en tanto cuanto que le habia dado colocacion entre las escelentes obras de su rico museo; pero Sevilla tiene demasiada cordura para que se le oculte, pasada que ha sido la primera dolorosa impresion, que semejantes objetos artísticos, una vez fuera del sitio y del fin para que se construyeron, pierden notablemente de su mérito, el cual no tanto

existe por lo comun en los pormenores como en el conjunto, como en la manera de su colocacion. Así es que el coro de la Cartuja, almacenado en una sala del museo, sala insuficiente y nada á propósito al efecto, no era ya ni con mucho el magnífico coro que tanto se admiraba en el suprimido monasterio para el cual fué construido. Además, en aquellas condiciones de colocacion, por fuerza viciosas puesto que no eran las suyas, la obra habia comenzado á deteriorarse de un modo tan rápido, que habria concluido por destruirse y perderse de todo punto antes de pocos años. Esto ha habido ocasion de que se note aquí al ser trasladado, puesto que acaso ni una sola de las infinitas esculturas y piezas arquitectónicas que lo adornan ha llegado íntegra; lo cual no reconoce por sola causa la traslacion, toda vez que no leve parte de las maderas, en especial las de la escocia, estaban apollilladas ó deshechas por la humedad. Mucho tiempo, mucho trabajo y mucho dinero se han empleado para restaurar este precioso objeto; pero no se han perdido. Cádiz debe estar satisfecha de esta adquisicion, y Sevilla contenta de ver que una obra, que donde quiera que esté será siempre una gloria suya, no será perdida, que se la admirará aquí hartos mas de lo que se la admiraba allá, y que se ha devuelto al culto una cosa tan digna de la magestad que debe caracterizarlo.

La nueva colocacion que ha sido forzoso dar al coro ha hecho necesarios considerables trabajos, y estos se han ejecutado con notable acierto y singularísima perfeccion; lo cual ha realzado altamente el mérito de aquel.

El emplazamiento del nuevo coro es con corta diferencia el mismo que el del antiguo, solo que ahora avanza algo mas hácia el presbiterio, puesto que es mayor el número de las sillas. Tambien ha sido menester suprimir por igual motivo el vestíbulo posterior del coro, de modo que los dos ingresos abocan ahora

directamente al trascoro. Entre estos se halla la silla del prelado y los asientos de sus acompañantes, siendo aquella silla la misma que existía en la iglesia del monasterio, aunque en otro distinto lugar de ella.

Las sillas de los Sres. dignidades y canónigos son de caoba con espaldares ricamente tallados. De aquí arrancan los tableros de cedro, que vienen á terminar en una escocia de grandes proporciones sostenida por ángeles. Sobre cada una de las sillas se destaca un pié volado que sustenta una escultura representando un santo, cuyas esculturas están separadas entre sí por columnas salomónicas de orden corintio. La escocia ya dicha sirve de base á otros tantos cuerpos áticos cuantas hay sillas, en cuyos centros se ven medallones con efigies de relieve. Cada uno de estos cuerpos termina en un ángel tocando un diverso instrumento.

Como el coro esta cerrado allí y aquí es abierto por la parte posterior, ha sido necesario armonizar el adorno de los huecos con el de la obra entera. Al efecto se han construido columnas en todo iguales á las existentes, y se han trabajado cuatro esculturas de santos que ocupan los tableros que les corresponden. También se han tallado las cuatro hojas de puertas, siendo de un gusto especial en su dibujo y de una belleza singularísima en la ejecución.

Ha sido también necesario construir una sillería baja para los Sres. beneficiados. No debía ser tan rica como la otra; pero es sin embargo de notable mérito. Delante de ella, y en el piso comun, se ha colocado una sencilla banquería para los Sres. capellanes de coro.

El estrado del Sr. Obispo es suntuoso. Súbese á él por algunas gradas de mármol, y sobre una tarimilla se levanta el reclinatorio, joya preciosa del arte, con esquisitos primores de talla, trabajados, así como los demás de este género, por el Sr. Rosado, jóven de inteligencia, de acendrado gusto y de admirable habilidad.

El coro pues, hoy ya, y con mayor motivo cuando del todo se termine su colocación, que será dentro de breves días, presenta un espectáculo verdaderamente magnífico. Fáltale aun la nueva reja que para él se funde en la actualidad en Sevilla, y que ha de ser digna de aquella obra, si, como no podemos dudar, la ejecución corresponde á la belleza del dibujo que ya conocemos. Fúndense además crujiás, cuya falta tanto se hace notar por lo que ella entorpece y hasta dificulta las ceremonias religiosas, especialmente las solemnes.

Al púlpito se le ha dado otra colocación,

trasladándolo al machon de ingreso del presbiterio en el lado del evangelio. Parécenos conveniente, ya porque ya lo exigía el adelanto, aunque corto, que se ha dado al coro en aquel sentido, y ya porque la forma de la catedral, en que la capilla mayor se halla completamente aislada y exenta, se presta á ello mejor que la de otras donde así se ve.

Lástima que este púlpito sea poco digno de la belleza general del templo y de sus accesorios: sin embargo, tenemos entendido que no se renuncia á la idea de construir dos púlpitos, uno á cada lado como en Sevilla y otras catedrales, los cuales podrian ser de madera, pero ricos de ornamentación. Lo que se ha hecho en el coro nos asegura de que serian magníficos.

La obra de que nos ocupamos ha sido llevada á cabo bajo la dirección del acreditado arquitecto D. Juan de la Vega, quien ha dado en ella una prueba mas de su notoria pericia.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

RUGIER DE LAURIGA.

NOVELA ORIGINAL

POR

D.^a FELÍCITAS ASIN DE CARRILLO.

SEGUNDA PARTE.

(CONTINUACION.)

Tenia una niña tierna y delicada como la flor que baña el rocío, y tan inocente como los ángeles del cielo: aquella niña constituía la suprema ventura de su padre, y debía ser la gloria y el amparo de su vejez. Poco á poco la vió crecer con orgullo, la vió desarrollarse alegre y feliz, envidiada por muchas mujeres y querida y codiciada por los magnates y grandes señores que frecuentaban el alcázar....

Ana suspendió un momento su relato; una lágrima brotó lentamente de sus ojos y fué á secarse en su abrasada mejilla; luego continuó así:

—La niña se había convertido en una mujer; la crisálida tenía ya alas con que volar: frases de amor llegaron á sus oídos; fijáronse los ojos de muchos enamorados mancebos en los suyos que, ella bajaba ruborosa; y no faltó quien llegase á su padre con objeto de pedirle su mano; pero el padre consultó la voluntad de la hija y vió que todavía no tenía necesidad de casarla, toda vez que ella se juzgaba feliz permaneciendo libre á su lado. El noble y rico anciano tenía su residencia en el alcázar y la reina madre y el jóven príncipe, lo mismo que

los infantes y la mas alta nobleza, le trataban con la mayor distincion.

Decian que la niña, trocada ya en mujer, era hermosa en extremo, y si no lo era, cuando menos tuvo la desdicha de parecerlo. Al lado del monarca, que crecia como ella caminando alegre por la senda de la vida, habia un hombre de muy elevada alcurnia, de carácter indócil, travieso, audaz y ambicioso. La inclinacion del uno y del otro, grande como su poder, impetuosa como lo son todas las primeras inclinaciones, se fijó en la pobre doncella; y no teniendo esta una madre amorosa y tierna á quien hacer partícipe de sus secretos y de sus emociones, llegó á temblar por su virtud al verse requerida por un rey é incesantemente hostigada por un infante... por el infante D. Juan. Pero el autor de sus dias, aquel padre cariñoso y solícito, no necesitó que ella llegase á descubrirle lo que él acaso acababa de adivinar. Tal vez aquel noble y recto corazon llegó á estremecerse al considerar los peligros que amagaban á su pobre hija, y entonces adoptó una resolucion tan pronta y enérgica como arriesgada y dificultosa. Ambos habian nacido en Aragon y ambos tornaron á su pais. Pero ¿sabeis cómo, primos míos? ¿Sabeis de qué manera? Oidme y apiadaos de aquel padre sublimemente generoso.

Los oidos de los reyes parece que solo se han formado para que vaya á resonar en ellos el eco torpe de la calumnia y la maledicencia. El conde, pues, era un conde el hombre de quien os hablo, veíase proscripto, horriblemente calumniado, destituido de sus honores y riquezas, y sentenciado á muerte por deciroslo de una vez. Es cierto que mas tarde, muy tarde por desgracia, el rey llegó á reconocer su inocencia y á estrecharle en sus brazos; pero ahí he dicho que ya era demasiado tarde y el monarca aragonés solo pudo abrazar el cadáver de mi padre!

Doña Ana giró su vista en torno suyo, casi con espanto, como si temiese que algun profano hubiese oido el secreto de su vida que ella acababa de descubrir; miró á los Carvajales que parecian bastante afectados y continuó exaltándose cada vez mas.

—Mi padre, sí; mi padre que por no verme convertida en la manceba de un rey me convirtió en humilde labriega, vistiendo él un toseco sayo y encalleciéndose sus manos con el contacto de los rudos instrumentos de labranza! Mi padre que bajando su noble frente, mas arrugada por el peso de sus dolores que por el de sus años, llegó á romper con el arado las umbrosas márgenes del Ebro. Desde allí mirábamos con pena la ciudad en donde habíamos nacido y el alcázar de nuestros reyes. ¡Ojalá sin embargo, que allí hubiéramos hallado nuestra tumba!

Un dia llegaron hasta mi padre dos caballeros castellanos montados en dos fogosos bridones; y mi fiel escudero, que no habia querido separarse de nosotros, vino á mí lleno de júbilo, á darme la nueva inesperada de que aquel mismo dia íbamos á volver á la corte de Castilla. D. Fernando el IV,

el rey que os infunde tanto respeto habia formado un plan inicuo y estaba pronto á llevarle á cabo. Estaba, segun decia, resentido con la ingratitud de mi padre y le mandaba volver á su palacio, amenazándole con dar parte al rey de Aragon si inmediatamente no nos poniamos en camino.

Despues que mi padre alojó en nuestra humilde casa á los dos castellanos, se encerró conmigo en un cuarto y me dijo:

—Ana, nos vemos forzados á tornar á Castilla.

—Y por qué no? le pregunté yo adivinando sus temores.

—No sé, hija mia; este viaje me hace temblar.

—No temais nada, padre mio, le dije yo con entereza; vuestra hija ha leido en vuestro corazon, y ese corazon no será nunca traspasado de dolor; alzada la frente serena y no temais que la vergüenza la humille.

Desdichada! yo volví á la corte de D. Fernando y oí sus protestas de amor; yo bebí el tósigo que sus labios vertian y me fié de sus juramentos; le amé, en fin, como no amó nunca mujer alguna; pero á su lado estaba el infante D. Juan fijando en mí su codiciosa pupila, envolviéndome en un mundo de rencor y de celos rabiosos; y el uno y el otro me perseguian, y los dos querian que yo les compartiese mi corazon. Mi padre por otro lado velaba por mí constantemente y yo era víctima de un desasosiego roedor, eterno como la llama que me devoraba.

Mi padre trató de separarme de una vez para siempre del peligro que me amagaba; queria que pasásemos á Francia donde teniamos algunos parientes y donde podriamos vivir en una oscura medianía; pero yo era débil porque habia sido víctima de una pasion insensata, y no tenia fuerzas suficientes para alejarme de buen grado del hombre querido, del ser por quien hubiera derramado la última gota de mi sangre. Mi padre, á pesar de todo, lo dispuso así y era necesario resignarse y marchar.

¿Supo el rey esta determinacion? ¿la supo el infante D. Juan? ¿surgió tal vez en el alma de cada uno de ellos, de sus dos almas simultáneamente, la atroz idea de interponer entre la voluntad de mi padre y su voluntad un lago de sangre inocente? ¿Era tal vez que mi padre en Francia podia ser algun dia un enemigo temible de aquellos que atentaban al honor de su hija. Misterios son estos que solo Dios, el rey y el infante pudieran aclarar y definir. Yo sola puedo deciros lo que pasó. Era una noche negra y pavorosa, una de esas noches que infunden espanto en el alma. Los aquilones bramaban á lo lejos y el trueno retumbaba poderoso en las bóvedas del firmamento; yo estaba sola en mi cuarto esperando á mi padre y mi padre no venia; mas ya no pensaba en él solamente; pensaba en el rey, pensaba en mi amor, pensaba en mi locura.

De pronto sentí pasos que se acercaban y me levanté pronunciando el nombre de Fernando.

No era él; era D. Juan que ciego de amor y de

cólera, quiso intimidarme viendo que yo me resistía y le rechazaba de mi lado.

—Vos amais á mi hermano, dijo al fin braman-
do de celos.

—Sí, le amo, le amo, respondí deseando desenga-
ñarle de una vez para siempre.

—Sois mía, insensata, me dijo.

—Y por qué? le pregunté al ver la siniestra son-
risa que se dibujó en sus labios.

—Porque yo os hubiera amado toda mi vida,
mientras que mi hermano...

—Qué? acabad.

—Se hastiará muy pronto de vos y pondrá sus
ojos en otra.

—Mentís! exclamé yo sin saber lo que decía y
llena de indignación.

El infante volvió á sonreír y me miró con fijeza.

—Os perdono, añadió gozándose en mi martirio,
os perdono porque estais desechada; pero yo que
soy el íntimo confidente del rey, puedo aseguráros
que es cierto cuanto os he dicho, tan cierto como
que vos y vuestro padre pensais huir de la corte
antes de que alumbre el nuevo día.

Yo miré al infante llena de miedo y estupor.
Nosotros nos habíamos guardado muy bien de des-
cubrir á nadie nuestro secreto, porque mi padre
me lo habia prohibido terminantemente. Yo espe-
raba ver á Fernando aquella noche, y despues pen-
saba escribirle mi última carta de despedida. Por
eso fué tan grande mi asombro al escuchar las pa-
labras de D. Juan.

—Quién os ha dicho eso? le pregunté en estre-
mo turbada.

—Mi amor, respondió él con acento sombrío;
pero no os iréis, no. Ni Fernando ni yo queremos
que partais y no partireis: estad segura de ello.

El infante salió y yo quedé sola con mi inquie-
tud y mis temores. La noche avanzaba lentamen-
te y la tempestad se iba desencadenando horrible
y amenazadora; la luz de los relámpagos alumbraba
los resquicios de mis balcones que azotaban
torrrentes de agua, y el horrísono estallido del true-
no hacia retremblar los cimientos del edificio en
que me hallaba.

El rey no vino en toda la noche.

El infante no volvió á parecer.

Mi padre no llegaba.

Miento, sí; mi padre llegó cerca del amanecer;
pero, sabeis cómo?... Oh! vosotros lo comprendéis,
lo adivinais, puesto que os veo palidecer y os di-
rigís una mirada de espanto, no tan grande como
el que yo sentí al fijar la vista en mi padre que,
herido y moribundo fué conducido á mi presencia
por algunas personas de la servidumbre de pala-
cio. Vosotros lo adivinais, mas no podeis compren-
der la horrible angustia con que lancé el grito que
salió de mi pecho desgarrando mis entrañas. Mi
padre habia recibido una puñalada cerca del cora-
zón que le asestó un hombre enmascarado. Los
médicos creyeron su herida mortal, y yo velé un
mes al lado de su lecho siempre inundada en lá-
grimas y sumida en mortales congojas.

Durante aquellos treinta dias las predicciones

del infante se habian realizado: el rey no me ama-
ba, ni aun siquiera tenia un resto de compasión pa-
ra la infeliz que todo lo habia sacrificado en aras
de su amor.

La herida de mi padre se habia cicatrizado al
parecer, y nadie nos impidió que volviésemos á Za-
ragoza. Su inocencia se habia descubierto segun
os llevo dicho, y el rey D. Jaime II salió á recibir-
nos deplorando nuestras desgracias. Los bienes
nos habian sido devueltos, y el porvenir se nos pre-
sentaba sonriente y halagüeño.

Estaba escrito que mi padre no debia recuperar
la ventura y el sosiego á que tan acreedor habia
sido siempre, ¿sabeis por qué, primos míos?

La condesa hizo esta pregunta á los dos herma-
nos que estaban en extremo conmovidos; luego, vien-
do que ninguno de ellos contestaba, se levantó y
ostentando su arrogante y magestuosa figura, que
acaso aminoraba el trage de hombre que vestia.

—¿Sabeis, primos míos, volvió á preguntar, por
qué razon estaban contados los dias de mi padre?

—Hablad, Ana, respondieron D. Pedro y D.
Juan, levantándose á su vez.

—Porque su herida estaba envenenada!

—Imposible! imposible tanta felonía! exclamó el
mayor de los interlocutores de la condesa, mientras
el otro daba dos pasos atrás admirado de ver el fue-
go que despedían los ojos de la hermosa.

—Lo mismo me he dicho una y mil veces, con-
tinuó ella; parece mentira que en ánimos varoniles
cupiera tan negro rencor; mil y mil veces he que-
rido desechar de mí la idea que me asaltaba sin
cesar, y otras tantas ha vuelto á evocar mi memo-
ria aquellas fatídicas palabras del infante, al ase-
gurarme que nuestra partida no se llevaria á efec-
to, porque ni él ni el rey lo permitirían. Mas
por qué me canso en tratar de convencerlos? ¿No
resonaron en mis oídos las últimas quejas de mi
padre moribundo? ¿No le ví presa de la fiebre
revelándose en su delirio la verdad que yo habia
sospechado? ¿No he visto en fin lo que acontece
hoy mismo en la corte de Castilla? Recordad que
D. Lope de Haro fué herido no hace muchos dias
de una manera igualmente traidora, y decidme si
debo desechar el convencimiento que abrigo.

Como quiera que los dos hermanos guardasen
silencio, Doña Ana continuó.

—Os decía que muerto mi padre fué reconocido
su cadáver, descubriéndose que habia sido víctima
de un veneno lento, pero seguro. Entonces, mi
dolor supremo no conoció límites y la ira se apo-
deró de mi corazón; troqué en fortaleza mi debi-
lidad, en odio mi amor y la indignación me dió
fuerzas para jurar sobre el cadáver de mi padre
el exterminio de sus infames asesinos. Desde en-
tonces no ha pasado un solo dia que yo haya desa-
provechado, y unas veces horadando el vacilante
trono de mi amante perjuró, dando pábulo en otras
ocasiones á la hoguera que va muy pronto á devo-
rar á Castilla, he tenido alientos para vivir hasta
el presente esperando el instante de la explosión.
Ahora bien, vosotros sois mis primos y estais acaso
mas amagados que nadie, porque el rey ha jurado

perderos. Vos, Pedro, habeis puesto los ojos en una beldad que no os pertenecerá nunca, que no será tampoco del hombre con el cual se ha concertado su matrimonio. Ni vos ni Benavides llegareis á enlazaros con Elvira; estad seguros de ello. Por otra parte vosotros habeis permanecido independientes sin tomar parte en esas luchas intestinas que dividen á los cortesanos y á todo el reino; os habeis escudado en vuestra lealtad y no habeis echado el peso de vuestra espada y de vuestras influencias en los platillos de esa balanza que sube y baja constantemente. En una palabra, habeis temido afiliaros entre los partidarios del infante, por no ser desleales al soberano, y este no os ha contado en el número de los suyos, porque habeis querido sustraeros al rencor de D. Juan. Habeis querido permanecer neutrales, y solo habeis logrado que el uno y el otro estén resentidos y dispuestos á maltrataros. Vivís á oscuras y la hoguera se levanta centelleante y poderosa; os juzgais tranquilos y no veis que el periodo de calma en que os hallais es como aquellos momentos engañosos, de tranquilidad aparente, que preceden á las grandes tempestades. Os hallais, en una palabra, sobre el cráter de un volcan y vengo á deciros que huyais de Valladolid, que me sigais á Tordehumos. La hora de la espiacion ha sonado para muchos, acaso para el mismo rey, y es necesario sustraeros á todo trance al peligro que os amenaza. Yo os ruego en nombre del cielo que me sigais, porque sois las únicas personas que me inspirais algun interés. Os lo ruego en nombre de vuestra tia... tomad y leed esos renglones.

A medida que las horas iban avanzando la condesa se mostraba mas inquieta; sacó de debajo de sus hábitos un pequeño pergamino rodado, y poniéndolo en mano de los Carvajales esperó á que estos lo leyeran.

La buena abadesa de las religiosas de Borja, de quien ya nuestros lectores tienen conocimiento, rogaba encarecidamente á sus amados sobrinos que huyesen de la corte, siguiendo en todo los consejos de Ana.

—Qué decidís? dijo esta con afán tan pronto como ellos acabaron de leer.

—Que nos quedamos, respondió Pedro con firmeza sin consultar la voluntad de su hermano menor. Suceda lo que suceda, no se dirá nunca que hemos tenido miedo. Por otra parte, nada podemos temer puesto que en nada hemos delinquido.

—Lo siento; dijo Ana pesarosa. Yo habia creído conmovier vuestros corazones que deben estar formados de piedra... Yo habia querido mostraros la iniquidad del rey...

—Si el rey es inicuo, señora, Dios le pedirá cuenta de sus iniquidades algun dia; si os engañó y tuvo alguna parte en el horrible asesinato de vuestro padre... pero eso es imposible, Ana; ¿no conocéis que eso es imposible? Qué interés podia tener el rey?...

—Cualquiera que sea, dijo Ana con encono, yo estoy segura de lo que digo y quiero vengarme á todo trance. Lo oís, caballeros? Hace mucho

tiempo que estoy trabajando sin cesar y el término de la lucha se acerca; yo le veo venir y estoy gozando en mi obra.

—Haceis muy mal, Ana, observó el menor de los dos hermanos con dulzura; quereis herir una frente coronada y os estais jugando la cabeza. ¿No seria mejor que perdonáseis? Es tan dulce perdonar!...

—Callad, sois un niño, exclamó la condesa mirándole con aire de compasion. Si vos supierais los tormentos que he sufrido!... Porque yo le amaba... ¿entendeis? yo amaba con todas mis potencias al hombre que faltó á todos sus juramentos. Me he visto sumergida en la horfandad, he sentido hecho trizas mi pecho y al fin he tenido que renunciar á la paz de las conciencias tranquilas; á los goces de la santa virtud...! Sí, sí, yo he formado empeño en pervertir mis buenos instintos; he bañado en hiel mi corazon y enrojecido mi pensamiento soñando despierta con ver delante de mis ojos un lago de sangre...!

—Me dais horror! dijo Pedro retrocediendo instintivamente.

—Horror! sí, esa es la fórmula que yo buscaba; exclamó Ana sarcásticamente; yo queria causarme horror á mí misma... Cuando me veia noble, rica, hermosa, brotando vida y juventud, entonces procuraba ver escrito sobre mi frente el anatema del cielo.

—Desdichada!

—Desdichada! no me trateis así, respondió Ana con arrogante despecho; yo no pido á nadie compasion; prefiero cargar con el odio de todo el mundo. Yo soy fuerte, activa, poderosa...

—¿Y qué hareis á pesar de todo eso?

—Qué haré? muy pronto lo vereis; cuando veais que el monarca ruge lleno de desesperacion y de cólera contando y recontando su gente; cuando dentro de pocas horas el infante coja en sus manos el estandarte de la rebelion; cuando los unos se lancen sobre los otros en lucha ardiente y sostenida, y oigais relinchos de caballos, crujir de armas y gritos de guerra... entonces vereis si he podido hacer algo.

—Sois harto singular en todo, Ana. ¿Decís que eso acontecerá?...

—Tal vez demasiado pronto, primos mios; ¡pero ay de vosotros si llega la hora del tumulto y la confusion y os halla desapercibidos! Os digo que el rey os mira mal, y que el infante os aborrece con toda su alma; temedlo todo de su rencor, y no pongais á prueba la proteccion y el poder de Dios. En esos instantes borrascosos el grande puede tener caprichos fatales y el traidor ocasiones propicias.... Huid de la corte.... Venid conmigo á Tordehumos....

—¿Y qué quereis que hagamos allí?

—Adoptar una resolucion; tomar una actitud digna de vosotros. La Providencia se ha cansado ya de proteger á D. Fernando....

—Es decir que quereis que seamos desleales; que desnudemos nuestras espadas en contra del rey?

—Sí.

—¿Y con qué derecho hemos de escudar nuestra insigne traición?

—Con el que os dá, ó debe daros al menos, el deseo de vengar á mi padre que era pariente vuestro.

—Y si vivís en un error?

(Se continuará.)

EL ALCALDE RONQUILLO,

EPISODIO DE LA GUERRA DE LAS COMUNIDADES

POR AMOCIL.

A. D. Federico del Olmo.

(CONTINUACION.)

Gonzalo de Baraona, por temprana muerte de su padre y señor, quedó en la niñez de pariente mayor de su linaje y jefe de una familia dilatada. Sin embargo, hermanos no tenía mas que dos; varón el uno y hembra la otra. Gonzalo de Baraona, con un afecto y celo exquisitos; á los que no excedieran seguramente los de su malograda madre, dedicóse desde tierna edad y poniendo en ello la atención toda á educar y hacer menos triste la horfandad de sus hermanos. Bien sabeis cómo cumplió siempre, y á través de los mas difíciles periodos, esta noble tarea.

Crecieron sus hermanos con una educación, que nadie podrá disputarles en todo el suelo vascongado. Su hermana, mayor en edad que el segundo varón, se llama Elvira y ahora toca en los 17 años. Gallarda, bella y virtuosa jóven, no puedo recordar, sin acompañar suspiro al recuerdo, los dias que al lado de ella pasé en mi solar de Mondragon, á donde muy frecuentemente venia á visitarnos, pues las dos familias por lazos de parentesco y de tradicional amistad estábamos estrechamente unidas.

—Segun eso, dijo interrumpiendo Juanes, y como quien se siente contrariado, amais á Elvira.

—Sí, capitán, no tengo rubor en confesárselo, la amo, pero con un amor, que nada se parece á los amores del mundo. Amor angelical, amor todo espíritu. ¡Oh! permitidme que llore al traer á la memoria los momentos de ventura, que al lado de Elvira como relámpagos corrieron, y que ya no es posible vuelvan por segunda vez.

Conservo perfectamente grabados en mi memoria todos los coloquios que ambos tuvimos, coloquios que el mundo llama sándios, porque en ellos no se mezcla pensamiento alguno impuro y porque mas que la boca hablan las almas.

Elvira vivía, y presumo que vivirá aun, en una linda aldehuela inmediata á Vitoria, aldea donde radica su casa solariega. Es una aldea linda como su patrona, hospitalaria como sus señores y tranquila como el alma de Elvira. Pues en esa aldea, siendo yo un niño de 14 á 15 años, pasé los instantes mas venturosos de mi vida, cobijados los dos niños bajo la sombra de emparrados graciosos ó de seculares robles y encinas.

El capitán Juanes de Echevarría oía al parecer con notable sentimiento de disgusto la historia de su prisionero, pues al paso que este adelantaba en su relación, el ceño de aquel iba oscureciéndose, aunque no por eso revelara en él el enojo de la cólera.

—Continuad, dijo Juanes, vuestra historia me interesa sobre manera. ¿Y Elvira sin duda os amaba?

—Me amaba como yo la amaba, con el amor de los niños. Pero no obstante, llegó este amor tan inocente y sencilló á parar la atención de nuestras familias; pues si bien nuestros corazones sin dolo conservaban intacta la pureza de los primeros años, habíamos crecido en edad y cuerpo. Yo tenía quince años y robustez bastante para empuñar las armas: ella con diez y seis se encontraba en estado núbil. De aquí resultaron conferencias entre Gonzalo y mis padres, y se decidió de comun acuerdo que seríamos separados. Esto pasaba á principios del año de 1520, inmediato anterior al que corremos. Por muchos dias ni aun hablar quise y ni por un momento podía echar de la memoria el recuerdo de Elvira.

Un mes despues, precisamente cumple mañana el año, fuí enviado á casa de un acreditado maestro de armas, á fin de recibir la instrucción necesaria para abrazar la profesión á que me destinaban mis padres.

No repliqué á esta voluntad; además de que, siendo por natural arrojado, no me repugnaba la carrera.

Desde aquel dia empecé á saber un poco del mundo, y con el roce de atolondrados compañeros se apoderaron de mi corazón sentimientos para él hasta entonces estraños, y por mi mal, me dí á vicios que ojalá nunca conociera.

Así las cosas, habiendo ido á pasar las fiestas de Navidad con mi familia, recibimos una carta de mi tío, proponiendo para mí una plaza en el ejército del conde de Haro. Mi padre, tan fanático de convicción como mi tío de apariencia y menos agudo que él, aceptó con regocijo la propuesta y al instante comenzó á ordenar los preparativos de mi viaje. Debo advertiros que yo ignoraba completamente cuales eran los intentos de los comuneros, que se me representaban en casa como bandidos desvergonzados, deseosos de pillaje y enemigos del trono y de la religion de Cristo. Ganoso de victorias, sobre la que tan infame gente me parecia, salía yo de mi casa, llorando al par amargamente la despedida de mi hogar y de mis padres.

Y al pasar por el pueblo de Baraona, que era de necesario tránsito para mi destino, á través de las cortinas de un balcón, ví por última vez á Elvira. No puedo asegurar si ella reparó; creo que no porque no dió muestras.

Tanto ignoraba lo que sobre los comuneros habia, que hasta hoy, por vuestra boca, no he sabido ni que Gonzalo de Baraona en ello se mezclara, ni que por tal causa hubiese muerto. Quizá, temiendo mi padre que si me lo decia dudaría yo, como lo dudara ciertamente de la maldad de la causa, al verla abrazada por Gonzalo, se mantuvo

en completo silencio sobre el particular, y ni una palabra me dijo que á él atañese ni tampoco á su familia.

Llena la mente de ideas extravagantes y falsas, llegué á Tordesillas, á punto que Valladolid era ocupada por vuestras tropas. Los cuentos ridículos que sobre vosotros se me refirieron y los espíritus infernales que para llevar las almas de los comuneros muertos se entrometían á lo mejor en dichos cuentos, comenzaron á darme una idea un tanto pobre de la gente, por causa de la cual estoy herido y prisionero, pues mi roce con la sociedad y mi corta instrucción, me enseñan á no creer ciertas patrañas, que como valor de buena ley corren en las filas de Haro.

Lo demás, es decir, mi parte en la defensa del castillo, sabeis cual es; escuso repetir hechos, que por ser personales y tocantes á la virtud del individuo, pudieran hacerme pecar en inmodestia, y este defecto es de los mas enojosos y ridículos.

Juanes prestó á toda la historia una impaciente atencion, y entre sentido y gozoso tomó á su vez la palabra.

—He oído con marcada intencion vuestra historia. Habeis sido franco, muy franco conmigo; quiero pagaros en igual moneda. Comprendo bien ahora los motivos que os asisten para llorar la pérdida de Baraona, y los lazos que, además de los naturales, os unia á él. Yo me hallo en un caso semejante al vuestro; amo á Elvira, y la amo tanto, que á no ponerlos vos de por medio, me casaria con ella. Pero puesto que vos traeis de mas atrás ligado al vuestro su tierno corazon, guardaréme bien de oponerme al logro de vuestra felicidad.

Sorprendido dejó y sin acertar con la palabra al joven Cristóbal la declaracion de su salvador. Largo rato no pudo hacer otra cosa que titubear algunas excusas que no venian al caso; mas entendiendo su situacion, Juanes con su afectuoso tono le trajo al camino de las esplicaciones.

—Capitan, contestó al fin, ningun derecho me asiste para solicitar la mano de Elvira; y aunque así no fuera, ni quiero ni puedo en la situacion en que me hallo disputársela de ningun modo. He combatido en las filas del emperador; un abismo de sangre nos separa á las dos familias, y en todo caso, pues que la requeristeis en matrimonio cuando yo casi la habia echado en olvido, teneis mas perfecto derecho. Mi amor fué amor de niño, amor sin pasion, amor sin objeto, que sin peligro puedo continuar espresando, aunque Elvira pase á ser esposa del capitan Juanes de Echevarria.

Esta fué la parte mas interesante del diálogo de Cristóbal y Juanes, y al cabo de esplicaciones leales, se convenció el último de que ambos amores cabian, y desechó de su mente la sospecha de perfidia que en contra de Elvira se levantara en ella, puesto que él se dirigió á Elvira cuando una distancia inmensa separaba ya para siempre á la familia de Baraona de la de Mondragon. En efecto, pasados como un sueño de la vispera del dia de Reyes los infantiles amores de Cristóbal y Elvira, Gonzalo, sin acordarse de ello, y sin pensar siquie-

ra que pudiera llegar algun dia en que aquel juego tomase carácter serio, se alzó con una compania en pro de las comunidades, secundando el movimiento del conde de Salvatierra, su paisano; desde aquel instante se hacia imposible sin mas motivo toda relacion de amistad y alianza entre los Baraonas y Mondragones, campeones de enemigos bandos.

Entre los que con mas entusiasmo siguieron el pendon de Baraona, hacíase notar Juanes, y las simpatías de política produjeron muy pronto simpatías de otro género. Fijó sus ojos en Elvira; esta, viendo en el comunero un mozo cabal, y creyéndose olvidada por su amigo Cristóbal, acogió de buena manera las querellas de Juanes. Pero estaba escrito en el gran libro del destino que arroyos de sangre se interpondrian entre los dos amantes para estorbarles la realizacion de sus deseos.

Rechazados violentamente de Alava, despues de haber hecho una desesperada defensa, los comuneros alaveses se internaron en Castilla, donde, derrotados nuevamente quedaron en completa dispersion, cayendo prisioneros los mas, y entre ellos Baraona. De los restantes, el mayor número se encaminó para la eternidad, y unos pocos con Juanes, á costa de riesgos mil, lograron reunirse al ejército victorioso de Padilla.

Se vió así por fuerza obligado á separarse de Elvira y privado de prodigarla consuelos y defensa, cuando tanto de ellos necesitaba.

Y no era esta la última pena que el cielo le preparaba en su azarosa vida.

III.

RELIQUIAS DE LA BATALLA.

Las cosas han cambiado mucho, completamente, en dos meses, por cima de los cuales hemos saltado para venir del capítulo segundo al tercero.

Entonces, en el mes de Febrero, la victoria se mostraba favorable á los soldados de Padilla; y hoy no solo han perdido hasta la mas remota esperanza de algun triunfo, sino que vencidos, desbaratados y rechazados de todas partes, no tienen mas porvenir que la horca, ni mas esperanza que el odio de los vencedores.

El desastre de Villalar pertenece ya á la historia; nosotros le encontramos consumado. Se han batido heroicamente los comuneros como no podia menos de esperarse de quienes tanta fe tenian en su causa; pero la traicion y las estratagemas los trageron á un mal paso, del que no pudieron salir ni con todo su valor.

La desercion de Giron, uno de los principales gefes del partido de las comunidades, personaje que fué una torpeza insigne el admitir en las filas del pueblo, porque hartó hablaban en contra suya sus instintos aristocráticos y su carácter inconstante, y la inoportuna marcha del obispo Acuña con su gente hácia Toro, vinieron á debilitar considerablemente al ejército de Padilla, privándole de unidad y de fuerza numérica, al paso que aumentaban

por un lado la material del campo enemigo y la moral por otro.

Después de varias escaramuzas y combates preliminares, se encontraron frente á frente y á las manos los dos ejércitos cerca de un lugar, cuyo nombre arriba hemos citado. Padilla principalmente, y Bravo y Maldonado, capitanes del ejército de la patria, hicieron esfuerzos heroicos y casi sobrenaturales para salvar á la España del horrible desastre que la amagaba. El noble regidor de Toledo se mostró en aquella decisiva jornada á la altura de los primeros capitanes: sereno é impasible, hizo todo lo que el mejor general hubiera hecho en la sazón; pero como sus enemigos eran mas y estaban en buenas posiciones y mejor acondicionados en su campamento, nada pudo el talento de Padilla, y después de ser general hábil y prudente, cuando la derrota de sus tropas se vino encima, púsose á luchar como el último peon, cuerpo á cuerpo contra los enemigos. Arrollados, deshechos y espantados sucesivamente los comuneros, al cabo de una reñida batalla, se pronunció en sus filas la dispersion, y Padilla con sus bravos compañeros rindió la espada en el momento en que se hizo imposible de todo punto la resistencia.

El conde de Haro, rodeado de grandes de España é inquisidores por su estado mayor, consiguió allí un triunfo, digno por cierto del muy digno heredero de aquel célebre Pero Fernandez de Velasco, conde de Haro y condestable, que por los años de 1469 vino á estas tierras de Vizcaya.

La nobleza y la inquisicion se dieron repetidos plácemes del triunfo de Villalar. Y en la efusion de su alegría y en el modo de tratar á los vencidos y de celebrar á los vencedores, veíase bien claro pintado el porvenir de este noble pueblo de España, el mas grande por fuera bajo los reinados de Carlos I y Felipe II, pero el mas desgraciado de todos en su interior.

A buen seguro que muchos españoles hubieran cambiado en aquel tiempo la Flandes, donde otro pueblo heroico y amante de su nacionalidad gemia oprimido bajo los millares de picas del duque de Alba, y aun las Indias, por un poco de desahogo y libertad en la Península, que como campo de batalla entregado á cuervos, lo estaba á los furrores de la inquisicion, de ese instituto que no ha menester mas anatema que las palabras de sus mismos defensores.

Mas acortando digresiones, vamos al asunto principal.

Era una noche del mes de abril. La luna medio velada, daba un tinte lúgubre, pero apacible al campo de Villalar, campo donde el sol de aquel dia habia presenciado la mas sangrienta de las batallas empeñadas entre cristianos en la hermosa España.

Todo el campo parecia estar cubierto de un tapiz de viva grana, tanta era la sangre que se habia derramado. Veíanse por do quier amontonados en grupos horribles cadáveres de hombres, caballos muertos, armas y fornituras.

(Se continuará.)

ODA CULINARIA.

Brindis, improvisado y cantado con el armonioso acompañamiento que exige la letra, en una comida.... como hay muchas.

Las bravas hazañas
del buen cocinero,
cantemos beodos
al son del mortero.

Cefidle, muchachos,
en medio las ollas
guirnalda tejida
de puerro y cebollas.

Al dulce compás
del cazo y peroles,
brindad, camaradas,
al rey de las coles.

De su gloria y salsas
el orbe se llene
y en la última hornacha
su nombre resuene.

Loor eternal,
loor y pujanza
al genio inmortal,
al dios de la PANZA.

L. DEL BARCO.

Solucion del geroglífico anterior.

En tiempo de higos no hay amigos.

EDITOR RESPONSABLE:

DON LÁZARO ESTRUCH Y FERNANDEZ.

CADIZ: 1859.—Imprenta de la Revista Médica á cargo de D. Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitucion, núm. 11.

